

## GUILLERMO CABRERA INFANTE

otra novela sin volver a la primera. Hay quien ha dicho que eres autor de una sola novela, y que en torno a TTI, que realmente es una de las más importantes de la novelística actual en castellano, va a seguirse vertebrando tu obra. ¿Cuál es la novedad — la diferencia — en La Habana...?

—No hay nada nuevo bajo el sol tropical. La Habana... es un ejercicio nemotécnico y un ejercicio teológico: ¿cuántas mujeres caben en la punta de una pluma? Para freudianos y feministas puedo añadir que esas mujeres fueron una disolución, no una desilusión, y la labor de amor que dura más allá de la muerte de amor fue fundirlas en una sola imagen. Prefiero hablar de forma a hablar de estructura, y la forma remite a revelar el secreto de su orden. Si descubro a esa Salomé debajo de sus velos formales, estaré privando de su placer a ese Herodes ávido que es el lector. Si dijera que todo el propósito del libro es una invitación al viaje por el infierno, a través del purgatorio, para alcanzar el paraíso y perderlo —para volver a caer en ese infierno tan temido por deseado—, sería presuncioso; si declarara que es un paseo por la vana Habana de las palabras, parecería que me pongo al día o a la noche. Si hablara de que es un doble descubrimiento del sexo y de la lengua, sonaría a obsceno. Pero no me molestaría que me tomaran por el autor de un manual para Herodes sin Salomé, sola mano, sólo manes.

“Las relaciones son las mismas que con Exorcismos... y están dadas por las palabras. Tengo que escribir con palabras, pero no puedo evitar considerarlas como unidades, como cápsulas temporales, como vainas que se abren a todas las sugerencias, a las proposiciones más perversas. Una vez depravadas ellas pasan a formar parte de la frase siguiente y se unen devotas en la oración. Es la escritura considerada como una perversión. La Habana une todos los libros míos que me interesan (con excepción de Vista del amanecer en el trópico) y aun los que no me interesan ya, como Asi en la paz como en la guerra. La Habana es la placenta de que salen los cordones umbilicales que alimentan mis libros. El autor es el útero —o Lutero—. Comete el pecado de traducir una Biblia. ■ R. M. P.

# ARTE ■ LETRAS ■ ESPECTACULO

## LIBROS

### Grandes hombres

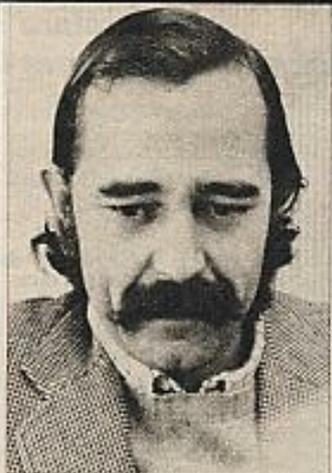
El mundo actual está disperso; y el escolar sufre el impacto negativo de esta situación durante su educación. La especialización, el mecanicismo y la falta de sistema son los tres vicios de nuestra cultura. Una peligrosa falta de coherencia y ausencia evidente de profundidad explicativa, colorean la enseñanza de los colegiales y escolares españoles. Incluso el “fichismo” (ese cuestionable sistema de fichas que mata la creatividad del alumno, y no le incita al esfuerzo personal de la lectura al dársele todo esquemáticamente hecho y resumido) está produciendo un descenso del nivel intelectual, político y cultural en el estudiante, por culpa de la irresponsabilidad de quienes siguen la última moda (que desgraciadamente llega a España siempre con años de retraso, y cuando ya está superada en otros lugares).

El intento de estos dos hermanos Trias —un serio filósofo y un culto hombre de leyes— de hacer un original resumen de historia que haga pensar, es justamente el modelo de vehículo educativo cultural que faltaba para el escolar español (1). Porque la historia no la hacen ni las batallas ni los Reyes, como se pensaba ayer en nuestra educación conservadora; ni sólo las cifras económicas ni los procesos sociales antagonistas, según los clichés estereotipados de las ideologías progresistas. No: la historia la hacen los hombres de carne y hueso, que no son autómatas de lo uno —como ayer se pensaba— ni de lo otro —como hemos pensado recientemente—. “La historia no hace nada —decía Marx—, es el hombre real y vivo quien lo hace todo”.

Partiendo de esta idea, los Trias han confeccionado paciente e inteligentemente un libro quinquiescenciado, que a pesar de ello se lee muy bien, porque no pone ningún impedimento a su claridad la densidad del contenido.

Por sus páginas desfilan los hombres más representativos de

(1) Eugenio y Jorge Trias: “Grandes hombres”. Ed. Kairós, Barcelona, 1979.



Eugenio Trias.

Grecia, Roma, la Edad Media, Renacimiento, la Edad Moderna, la Ilustración y los siglos XIX y XX.

Sin duda, la selección es una opción que tiene sus “pros” y sus “contras”. Pero los autores se han decidido valientemente. Alguno podrá discutir el elenco, pero todos reconocerán que los seleccionados son figuras de las más importantes de nuestra historia humana. Poetas, matemáticos, guerreros, gobernantes, escultores, filósofos, personajes religiosos, científicos, pintores, descubridores, inventores, músicos, revolucionarios, psicólogos, economistas y actores recorren sus páginas. Una treintena de personas (29 exactamente) componen el libro de retratos hechos de tres elementos: unos datos humanos y profundos, un comentario ameno y un dibujo expresivo.

Un criterio social amplio preside estas biografías llenas de intencionalidad, porque de sus hechos tal como hoy se conocen no se deduce una descripción abstracta y aséptica como ayer se hacía, sino una figura viva que incide en la historia.

Aquellos personajes de cartón-piedra que estaban en muchos libros, encuadrados en sus fechas y sus acontecimientos mecánicos, eran irreales. Ellos no son los que hicieron la historia. Quienes la hacen son los hombres de carne y hueso con su razón o su sinrazón, sus sentimientos concretos, sus pulsiones inconscientes, y su voluntad o debilidad.

¿Podríamos hallar algún detalle mejorable en el libro del cual se ha hecho una tirada inusual en nuestro país de 300.000 ejemplares? Sin duda falta el mundo oriental: un Buda, un Lao-Tsé, un Confucio. Lo mismo que un

Rey Asoka, un Gandhi o un Radakrishnan. Y también hay algún matiz perfeccionable. Por ejemplo, al hablar de Einstein se podría creer que era un genio matemático y que —por eso— llegó a los descubrimientos físicos que hizo. Pero no es así. Su discípulo y colaborador Whittrow afirma que “comprendió pronto que era más un físico teórico que un matemático”. No inventó nada decisivo en Matemáticas, sólo utilizó lo que otros habían creado. En cambio era un genio de la física, facultad que desarrolló con la lectura directa de los grandes clásicos de esta ciencia, y de filósofos tan diversos como Platón, Hume, Kant, Mach, Stuart Mill y Poincaré.

Un libro sin duda excepcional, que no es comparable a nada de lo usual. ■ E. MIRET MAGDALENA.

### Bergamín, en “Camp de l’arpa”

No hace mucho tiempo, una serie de personalidades de la vida intelectual española eligió a Bergamín como la figura más representativa de la Generación del 27. José Bergamín —“ese raro Pájaro Pinto”, le llamó María Zambrano— es ahora el protagonista del último “Camp de l’arpa” (1).

Aparte de las habituales secciones de “Libros”, “Encuentros” (con Fernando del Paso y su “Palinuro de México”), el “Abora que lo pienso”, de Robert Saladrigas, etc., el número doble lleva diez trabajos sobre Bergamín, amén de una cronología y

José Bergamín.



una bibliografía. Ramón Mayra, en el editorial, ve a Bergamín y a su obra como "una fantasmagoría, una visión inaudita en el conjunto de la literatura actual". María Zambrano le considera "uno de los poquitos ejemplares que quedan de una especie en vías de extinción": la del escritor. De André Malraux, gran amigo del escritor, figura su introducción a "El clavo ardien-

do"; y de Benjamín Jernés, una nota acerca de "Enemigo que huye". Claude Roy asegura que "escribir la historia de Bergamín sería escribir la historia cotidiana de la España de los últimos años". Florence Delay analiza la "crítica citacional" del escritor. Nigel Dennis glosa su teatro (y hace la cronología). Juan Guillermo Renart comenta los comienzos del poeta. Siguen textos iné-

ditos y una entrevista de Juan González.

"Camp de l'arpa" dedicará sus próximos números a "Literatura y gastronomía", "Cesare Pavese" y "Literatura infantil". Los últimos aparecidos versaban sobre Kafka, "El nuevo periodismo" y "Serie Negra". ■

(1) "Camp de l'arpa", número 67-68, septiembre-octubre 1979. Director: M. Vázquez Montalbán.

## Literatura y enfermedad

Felipe Mellizo es un periodista muy conocido por su prosa personal e imaginativa y por su tenaz compromiso humanista. Plaza y Janés ha sacado ahora, dentro de la colección Rotativa, un volumen suyo que, bajo el título "Literatura y enfermedad", recoge una serie de trabajos publicados antes en su mayoría en un semanario médico. El propósito confesado de esta tanda de ensayos es un comentario sobre cómo expusieron y trataron en sus obras la enfermedad y la muerte algunos de los más famosos escritores de todos los tiempos, es decir, sobre los esfuerzos que realizaron por definir de una manera inteligible la enfermedad. En realidad, estos trabajos de Mellizo son un ensayo de visión personal de la condición humana —en su más doliente raíz— por interposición literaria de otros, y así nos encontramos con visiones humanistas de ese hombre concretísimo, personal e intransferible, que es Felipe Mellizo. Desde esta perspectiva resulta muy sugerente su formidable ensayo "Angor", en que el autor relata un episodio de angina de pecho que le sobrevino hará unos tres años y medio. Allí realiza un autorretrato delicioso y con fuerte sabor de autenticidad: "Las recomendaciones que se hacen a los individuos que han pasado por un infarto o una angina son llamadas al egoísmo absoluto: hemos de hacernos invulnerables a las canalladas, los gritos, las burradas que el mundo, inevitablemente, nos tira encima...; hemos de hacernos también invulnerables al amor, al compromiso de compartirlo todo con todos...; se nos predica algo horrible, una ruptura con todo lo que no sea el dios fascinante del Yo Mismo...".

A lo largo de los ensayos reunidos en "Literatura y enfermedad", Mellizo insiste una y otra vez, implícita o explícitamente, en la diferente perspectiva del lenguaje literario y del lenguaje científico a la hora de abordar el plano de las realidades últimas de la condición humana. Se trata de la tradicional distinción entre lo explicativo o nomotético y lo descriptivo o ideográfico. Cada persona es única e irrepetible, y

## ADIÓS A LAS LETRAS

### La odisea del griego

Perdonen ustedes que llegue tarde, pero es que en el Caribe se reciben las noticias con muchas horas de descuido. El Premio Nobel de este año nos salió griego y a mí el mensaje me vino en la botella en que una vez se coló el papel en el que se afirmaba que Vicente Aleixandre era también el Nobel de España. Los griegos y los españoles siempre hemos tenido algo en común: la pasión por la poesía y la habilidad para hacer buenas ensaladas de cebolla. Así que no me ha importado demasiado que el premiado de este año no haya sido Miguel Delibes, que caza como un Rey y escribe como un presidente de república. Cuando le dieron el premio —no recibido— a Jean-Paul Sartre, yo estaba en cama leyendo "Las ratas" —los libros de Delibes se leen mejor en la cama, porque así se escucha más diáfano el lenguaje— y pensé: "Hombre, y por qué no le han dado el premio a este señor". El lector es como un aficionado al fútbol, que siempre quiere que gane su equipo. Pues no le han dado el premio a Delibes, ni a Carpentier ni a Borges, ni a Paz, ni a Corín Tellado. No estaba de ser para nosotros, díralo yo, como dicen mis compatriotas caribeños. Por cierto, un sola caribeño había en la lista castellana de los probables: Carpentier. Otro caribeño de una isla de habla inglesa —no me acuerdo de qué isla, pero estoy seguro de que no es Little Inagua, donde vivo— estaba en la dichosa lista de probables, pero no salió, así que me he olvidado de su nombre también.

A mí me gustan los griegos, porque inventaron la democracia. En un artículo antiquísimo, del que me acuerdo porque soy más maníptico que Seneca, José María Pemán decía que los griegos habían inventado la democracia porque ese ejercicio era posible cuando había poca gente y se podía decidir en un estadio. No sé si el maestro gaditano se expresó así, pero la idea era esa. Cuando se les acabó el estadio, cuando el campo de fútbol se les quedó chico, los griegos inventaron la dictadura, y pusieron a los coroneles a administrar el país. Afortunadamente, hay gente que se cansa de la dictadura y se fueron moviendo los griegos hasta que hubo un juicio, y volvió la democracia. Pla-



Miguel Delibes.

tón se frotaba los dedos. Y el ahora Premio Nobel también. Se hallaban en el ágora cuando esto ocurrió. Los poetas y los filósofos se encuentran siempre en el ágora, porque es que resulta que no mueren. De los andaluces he pensado alguna vez que nacen varios siglos después de haber vivido, y por eso tienen esa alegría tan pacífica, soportan el paro como si fuera bendición gitana, asisten al latifundio como si fuera un chiste de Forges, y luego oyen cantar a Malrena como si nada hubiera pasado. Los griegos también son un poco así de pacientes. Por eso esperaron tanto a tener un Premio Nobel. Nosotros también tenemos un Premio Nobel casi griego, porque Vicente Aleixandre es andaluz. ■ SILVESTRE CODAC.